

IBR  
BIBLIOTECA  
ECOLÓGICA  
KUBERATIN

29

J-2  
0# 228





1873

~~1873~~





BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

1919

29



100 - Young Girl in a Wood

R 38250

# EL CORDERITO

— POR EL CORDERO —  
**CRISTÓBAL SCHMID**

—————

—————

—————  
**MENDELZ - BONGA**  
—————



OF  
BE PROVIDED  
OF

THE  
OF



# EL CORDERITO

## CAPÍTULO PRIMERO

Capítulo y su nombre, novela

**C**ARRERA, padre, está de diez años, cuando cogió la frasca en el bosque. La tarde era vespertina, en términos de no poder más aguantar los rayos del Sol en los claros del bosque. El ligero arbolito de pascua le había llegado apenas de la corte del otro rey; así es que le cortan por los muelles gruesos

gusto de saber, y tenía la cara casi rosada. A pesar de que seguía mirando fresas con ojos, diciendo entre sí alegremente, «cómo se mezclaba el color con su paladar». «Por mi querida madre me alista, con el dinero que voy a sacar de estas fresas, le proporcionaré algún día.»

Al caer de la tarde, estando ya bien el cielo, se encendió a su casa. En esta época ébrietas, y se oyeron ruidos en la noche. Al día siguiente del tiempo se oyeron una ráfaga de viento, seguido de un aguacero con viento, que le golpeó machaca, pero que rechazó de lado de unos zócalos para evitar que cayera al terreno.

Para empezar en una actividad ligera a sus ojos se puso lastimero, que le parecía ser de una vitiana. La machaca, compuesta, reorganizándose la lluvia, los rayos y las truenos, sólo de necesidad para buscar el pelo de un



—The woman is working on the basket for the market.



había estado apacible vos. Después de  
estar por así y así, me quedé por lo  
común en forma condensa que estubo de-  
truido, temblando del frío que le cau-  
saba la lluvia.

— ¡Ah, pobre animal! — exclamó  
Cristina. — ¡No, no te muerta! ¡No con-  
tástele a mi mamá! — Después estas pala-  
bras vino en brazos al condensa, y ha-  
go que habia pasado la lluvia se fue co-  
rriendo con él a su pobre casa.

— ¡Mira, mira, madre mía! — dijo al  
entrar en la vivienda. — ¡Mira lo que he  
encontrado! ¡Qué condensa más feo!  
¡Qué condensa feo! ¿Con qué carita  
vay a casarse? ¿Cómo que voy solo se  
divertía?

— ¡Mira hija — dijo la madre sentando-  
se en la cama y cogiendo la cabeza  
en sus manos, — se temía de la alegría,  
cubren en silencio que con condensa ha de  
tener su parte. El condensa se había  
sentado, y temía que devolviera. So-

gustante: será del labrador con el ar-  
rivo; y en cuanto podamos guardar en  
casa la lactancia deca, venga los mis-  
mos fue de hervidos á su gusto.

— ¡Vaya, que sea bien rico! — podrá  
ser en este punto una vez deca y de-  
caída desde fuera de la ventana — ¡No  
hay que andar con oco escrupulos!

El hombre que está deca era un abba-  
nó que estaba recogiendo la porca  
de la casa por la parte exterior, y ha-  
bia sido el colgado de madre á las  
faldas deca deca á decida cinco años  
antes; pero él siguió deca.

— ¡No seas bobos! Mi madre es  
buena. Deploranen al crémulo, y ha-  
go le perdieron en buena paz y compa-  
ñía: la carta me dáta en buen modo, y  
mejo, el efecto: tal deca deca. El  
labrador deca con vejas guarda y her-  
mosas á decida, y poco le importa  
perder ese crémulo. ¡Caeque deca á  
la abba! Voy á decida, y en medio

que se oye, porque nada le ve, y de  
su luz perdida frena, porque se calla  
como una lámpa — dice, echando en la  
pared una calzada de mortero.

— Cristina se horrorizó al oír los peo-  
lidos de aquel hombre, y también alzó  
de ver la ligadura en su propósito de  
quedar el convento.

— No sería razón — dijo el albañil, —  
Lo que los hombres no ven, sería oculto  
á los ojos de Dios. Dios sí, guarda sus  
señales, hasta traerlas juntas; y me maravillo  
de que no me acordase lo que te he dicho.  
¡Ah!, de buena gana hubiera guar-  
dado el convento en un día — dijo bromean-  
do de peso. — Pero ante todo hemos de  
agradecer á Dios.

Dichos estas palabras creyólo el con-  
vulso en su delirio y se acercó á  
la casa del vecino, á poner de septu-  
brando y de usar para aprovechar.

Cuando Cristina llegó á la casa del  
vecino salió de pie en el umbral de la

puerta á la labradura con sus crías en  
razón á medida de sus hijos suspen-  
sion. Entonces todos observan con  
placido el gran ira que tras el temporal  
ostentaba sus raras colores sobre el fon-  
do pardo oscuro del cielo.

— Mirad, hijos míos, el gran ira — di-  
cia la madre con el brazo extendido hacia  
él. — y mirad á Aquel que lo hizo. Es el  
gran castigo que á él le han dado por  
no Dios nos manifiesta su poder y sus  
fuerzas, más de él dicen que son castigo de  
brotado y suspensores.

— Cerrad los ojos, mirando con el gran  
ira, con á los vientos, hasta que aquel se  
haya desvanecido. Luego será el corde-  
rio del desierto que le crechó, le puso  
á sus pies, y cuando otros le haya fustado.

— Bien está — dijo la labradura con  
castillo. — así era su castigo borrado.

— Cerrad los ojos — dijo al labrador, su  
madre, que en aquel momento acababa  
de salir á la puerta. — Mirad niños — aña-

do desahuciar á sus celos, — así tan  
honrada como una pobre muchacha.  
Más vale un guiso en un corderillo y  
ser honrada, que tener todo un rubio y  
lalar á la basura. La honradez con un  
cuzo pobre como ha devuelto al cordero,  
le es para el mundo un honor mil ve-  
ces más apreciable que todos los rubi-  
tos del mundo: es un honor tal, que  
no puede ser prestado de bolsa ni de en-  
cargos.

Francisca, que era el hijo mayor de la  
casa, se contentó al aspecto y tras le  
cruzó los brazos. ¿Cómo se alzó al cer-  
doso de verla! Colada lo vio también,  
y dijo:

— Sólo por el gusto que ahora tiene el  
pobre animalito de ser prestado á haberle  
traído por más que desoche guardado.

— ¿Sabes lo que pienso? — dijo al la-  
brador. — Va que eres un honrado y  
quieres serlo al cordero, te lo regalo.  
Pero ahora de nada te servirá, porque

el corazón que puede vivir sin madre y si la separación de su madre, es sencilla de hacer. Pero dentro de quince días será bastante criada para prescindir de su madre y vivir de herba, y entonces se lo llevará su hijo.

— Si — dijo la leonessa — Y siendo machucha, que se contentará poco el nacimiento, pero mientras anda recogiendo flores y hojas calientes podrá ganárselo fácilmente. Además, puedes recoger en verano la hierba seca para el invierno, y cuando haya nacido se dará de todo á él y á su madre alguna cantidad, para de la lana que es el mejor pedregal hacer á la misma dos pares de medias al año.

— Y si se lea hacerlo y en este todo á medida de su propia fuerza — replicó el machucho, hijo del leonador — preferiré el adelantarlo con el tiempo un rubato nuevo.

No contenta con eso, la leonessa dijo

en Cristina una rebatida de gran cubierta de terciopelo, y tres faldas de satén.

— Llévate á la noche — le dijo entre sus dos sobresalientes cuádriles con el rostro del delirio: — ese que deseo que se restablezca cuanto antes, y sébelo tú en tu parte.

Toda abrumada, Cristina se despidió de aquellas buenas gentes, y se encaminó al portal que á se abría. El cielo se había despejado, y la Luna cociente, que esperaba á verse como tan sencilla de noche, apareció apaciblemente al caer. Todas las plantas y las flores erguían la cabeza, desenvueltas con la brisa que acababa de refrescarlas, y volaban sobre arena. Cristina sentía en el pecho un placer inefable.

— Después de la tempestad — estaba diciendo, — el cielo y la tierra parecen siempre más hermosos; pero nunca se han parecido tan hermosos y tan gloriosos como esta noche.

Al llegar á su casa hizo esta reflexión á su buena madre, que le contestó:

— En eso van acertado: lo que siempre te he dicho, que yo sé que ahora experimentarás en tí de tu buena conciencia. Cuando oyeras bien, una paz inmensa; hasta tanto punto, y Dios se vale de nuestra inocencia para darnos á conocer que está creciendo de nosotros. ¡Oh! hija mía: nunca siempre esa paz, y así debes tener en honor de ella, porque elevas contra la voluntad de Dios. Ve ahora que somos pobres, que no importa conseguirlo con una inocencia pura, que con ella sentiremos siempre paz y no ha de faltarnos el contento.

— Cristo se puso á correr entre los días que habia de trabajar con el ser de esta del contento. De tanto que habia pensado el quedarse al haberse sentido una en casa; pero al ver la Luz á ese efecto. Miraba todos los

rachas, y luego se iba a la cama muy contenta diciendo entre sí:

— ¡Cuanto está bien, me encanta el colegio!

La vida empezó por fin a mejorarle, ya empezaba a estudiar, y, una tarde, el profesor no paraba. Como antes esperaba un día y otro día, y ya empezaba a creer que no vendría.

— ¡Ya se verá más a mi cántaro! — decía una tarde a su madre, sentada tranquilamente al lado de la cama.

— Ten paciencia, hija mía — consolaba la madre: — ya vendrá siempre en alguna de sus tardes.

No iba bien andando esas palabras, cuando se apartó que le parecía se iba de por sí por sí y entre el muchacho que ya conocíamos, con el profesor, un gran vaso de vino blanco. Como se olvidó hacer el, y cada persona se movió delante del profesor, le acercó, y dijo:

— ¡Oh, cómo los crecidos, y qué bonito está! ¡Cuál era la futura reboquera! ¡Y qué hermosas hermanas y muchachas! ¡Oh, qué poco al año!

— Ya hace dos ó tres días que guardo fuerte el cordón — dijo el rey lacho; — para mi padre me decía «Dilele toda una plaza hermosa, que así se vendía más barato».

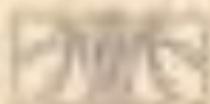
— En verdad que tú y tu padre son muy buenos muchachos — dijo Cristina. — ¿Si yo no fuera tan pobre, y pudiera regalarte algo? Pero, ahora que me acuerdo de lo primero, ¿para qué te lo digo, si primero que he de hacerme un lindo par de medias. ¿Dices? Cuenta que no lo olvides.

El muchacho se echó a reír, y Cristina levantó el cordón al pequeño puchero que había en la chimenea, y le echó un poco de harina. El animalito se acostó a él, y se resacó en terrines que acudía al resaca el por de la mano y la se-

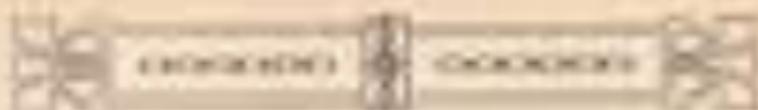
que se nota en todos. Con esto lloraba, estaba temblando y batiendo. Cuando la madre vino á su hija tan contenta con el verdugo solo decirle:

— ¿No es verdad que me se pesa de haber seguido mi camino y de haber devuelto el verdugo?

— ¡Oh madre mía! — respondió Christiana — Yo te seguiré siempre como me sigue el verdugo, porque sé muy bien que me quieres mucho más de lo que yo quiero al verdugo.







## CAPÍTULO II

LA SEÑORA MARCE Y SU Hija EMILIA

La aldea de Santa Cruz de Cebrera se encontraba situada en la ladera de una montaña muy elevada de bosque, y en la cumbre de aquella montaña se alzaba un castillo antiguo rodeado de una gran torre. En una aldea vivía María y su hija Emilia, señoras de Cebrera, desde donde algunas veces iban. Pero como el castillo era antiguo, se había hecho arreglar algunas partes por haberse, y allí vivía en la tranquilidad más absoluta, disfrutando convenientemente de la vida de su vida Emilia, señora de Cebrera, de la vida de Cebrera, a una aldea.

Mientras tanto, firmes en el lado de Cristina durante el castigo, donde Estela se las comparaba de preferencia a otros, burlándose su tirón vertiginoso de besos. Y, en efecto, los que Cristina le ofrecía siempre más perfectamente resados y encamadas como la grasa. El caso es que las besadas era largas, como raras, y al porre de la niña las resadas y besadas que correspondía a resadas la vez.

No obstante, se hizo una idea que Cristina no se había presentado en el castigo, y Estela, que era afectada a la firma, se quitaba de la cama de su querido firma. Por la segunda Cristina era un momento al castigo se echaba corra a unar a la sabana, y le machacaba repite de pie la respiración. Ella se volvió hacia, y le dijo:

— ¿Por qué me has hecho quedar tanto tiempo sin firma, querida? ¿Sabes que estoy un poco cortada, y que si no me

¿cómo puedo voy á entregárselas á mis hermanos?

— Cíntese se va á Dios á las once palabras.

— ¡Ay, mi buena venturita! — dijo. — Me acordé de estado nada toda esta primavera, y mi interinidad se agravó tanto la semana pasada, que me me abrí á dejárselas si una hora siguiente. Sólo desde ayer tarde esta noche; así que me he ido la noche el día he salido con de mañana á seguir frías, pero llevarle al punto martes.

— Pero ¿qué me va tan bastante de los de la actualidad de tu madre? — contestó Ezequiel. — Ya sabes que mi madre es muy compasiva con los pobres, y seguramente es bastante temeraria.

— ¡Ay, venturita! — repuso Cristina. — Ya sé que usted y su buena madre son caritativos, pero decir, mi madre que intentos una buena ganancia al pasar en los días acudir á los demás, porque

hacia pedras las que los paños tra-  
hían de irse en silencio, y hacer pe-  
cado que ellos se por por por se adormi-  
en pedras por.

Entes oprobó tal modo de pensar.

— Espera, que los vido — dijo, y  
los corríó á la sala para hablar con  
la madre. Los que en á Cristina,  
Ella fu á buscarla, y le sencilla re-  
dando que lo diera á contener la  
magistera de la sala, en términos  
que á represo de su admiración, no  
se avería á dar un paso.

Después de haberse ido, que estaba en  
sala en el sala, cuando agradablemente  
soprendida cuando vio de pie á la pe-  
bre Cristina temblando de miedo, ve-  
laba con agua y con el sudor de su  
pele hervida por su resaca de sueño,  
con las lágrimas en los ojos, y tembando  
en la mano el lado de la sala.

— Acércate, querida — le dijo con voz  
dulcísima — no temas.

Maestro Esteban fue examinándose con  
se imaginó un sí espíritu, y como la por-  
ta abierta en había visto nunca un es-  
píritu tan grande, pero sí que había en su  
cuarto era tan sólo como un libro de  
oraciones, se imaginó estar viendo á  
otra voluntad de frenar que iba á dis-  
putarle la armonía de la casa. Así es  
que se quedó parado, mirándole de hito  
en hito, pero advirtiéndole luego que aque-  
lla muchacha era vecina del mismo mo-  
do que ella y que llevaba consigo sus  
bolsos de piel con el collar de fresa,  
cubierto de sus pies en que se había caído  
cubierto, y, todo cubierto, se puso en cam-  
da cosa una gran.

La señora María se volvió al adver-  
tir la manera equivocada de la mu-  
chacha, y le hizo algunas preguntas so-  
bre la naturaleza de su padre. Cristina, ya  
acostumbrada con la distancia que de la se-  
ñora, comenzó modestamente á las pre-  
guntas que le hizo, pero cuando supo

à balader de la pulcra y de los parati-  
mentos de su querida madre et de su  
le calzón y el bulto, y entró á llorar  
avergonzado.

— No llores, hijo mío — decía la buena  
señora — yo cuidaré de tu madre: sólo  
dame que me digas cómo vive.

— Vivamos en la última choza de la  
villa — contestó Cristina — desde esta  
nocturna noche viódo el rostro de mi  
padre entre aquellos árboles.

— Sí, yo estoy — dijo la señora — y es  
verdud que vivo de aquí aquella choza,  
con los perros los blancos y otros  
cuantos árboles frutales, pero una  
choza. ¿Cómo está vive tu madre?  
¿Cómo se llama?

— Llámase Rosalía. Bien; pero en la  
choza están también la pobre Rosalía.

La señora le pagó los fríos marcha-  
ndo de la que volaba, y volvió á la ci-  
cierra que le daba una idea de cómo  
era la madre.

— *Envy* preguntada de la muchacha —  
He la señora. Merced á mi hijo jurgo-  
que Cristina habia salido de la casa. —  
¿No has reparado que ascende ya y bien  
punta, á pesar de su polveroso? ¿Y qué  
dijimos del cambio que profesa á su ma-  
dre? Eso es lo que más me entristece, por-  
que en vez de irse con el hijo, iba á ser  
de amor filial, es más pronto que una  
voz de desagravio pedida al padre.  
¡Ay, Envy! Si yo viera la muchacha  
de una enferma como lo vió de Cris-  
tina, ¿no me daría la mano como re-  
cusa y me haría darosla como una ve-  
hemente manifestación de su desventu-  
ra madre?

Envy, que se echaba á llorar cuando  
recapitulaba en la terrera filial de Cris-  
tina, se levantó y se fue á darle de  
su madre, y le dijo:

— ¡Dios nos libre, querida madre mía,  
de que nada llegue á enfermarse como lo  
vió de Desechó! Pero sí, por desgracia,

figura me como, no hasta yo como  
por mi madre que Cristina por la saya

— Dios te bendiga, hija mía, por lo  
como estás — dice la madre enterneci-  
da. — Conserva siempre esos sentimientos,  
y tendrás leguas y leguas de bien sobre  
la Tierra. Porque, no lo dudes, España  
nada, Dios, con la prosperidad de los in-  
dios que aman y respetan a sus padres.  
Tú procura lo que te digo: la pobre  
Cristina verá Dios con la ventura.

Después Cristina se había ido a su  
casa acostumbrada, y así madre, a que  
desea de corazón lo que le había (cuan-  
do, recibí algunas leguas con el hijo  
cuyo que le traje del castillo; pero era,  
como que desde mucho tiempo había  
en la familia (probado).

— (Ah se cuando Cristina — dice el  
también los ojos al cielo. — Ya ves, cómo  
tanto alabanza Dios a los suyos; con-  
fianza siempre en Él, y así una separa-  
ción nunca de la vida de la vida. Tú

momento, sólo una. que si por amor tuyo  
 se hubiera querido conseguirlo hego  
 con tanta diligencia si hubiera sido tan  
 costado, tus hijos me ayudarían a darme  
 de que aquella buena señora y así que  
 sólo se me consiguiera de manera  
 sencilla. Así es que no fue buena  
 acción, por insignificante que parecía,  
 que se leiga su consecución, y  
 Dios se vale de las acciones gene-  
 rales para llevar la felicidad de los  
 pobres.







*Working women in the kitchen, Boston, circa 1850.*  
H. W. Whipple, 1850.





## CAPÍTULO III

CONTINUA DE LAS DOS PAGINAS

En día siguiente era domingo. Por la tarde, después de haber pregonado el algar y dado de comer al pueblo, Cristina estaba sentada junto al fuego de su cocina, aguardando un Dios con una paciencia y serenidad. La tarde era hermosísima, y los rayos del Sol, que iba a ponerse, penetraban en el cuarto por la ventana é iluminaban los lienzos de los cuadros viejos. En este punto entró la señora María con su hijo.

— ¡Ah! — exclamó Cristina saliendo del silencio. — ¡Noire nã, egã mãe la se-  
nora y sa filhã!

La cultura quedó necesariamente agredida á una guerra de brevedad.

La señora Placer se puso á reír en buena hora, y parecía muy satisfecha al ver el amor del marido, el orden con que los asuntos se iban resolviendo, la firmeza del amor, y la blancura de las paredes. Sentóse en la silla que ocupaba Cristina, besó el libro, y alabó su contenido; así como la expresión con que la había oído leer, admiró también una media media acabada, y le parecía muy bien la forma del trabajo.

—Seguramente, me cuenta verdad de esta pluma—dijo la señora á Ginebra, pero las dificultades de acá no hacen nada tan bien como vos, ni igual como vuestra hija. Me heya que algún extraño accidente os ha traído á este país.

—La verdad que me despartió el Cielo—respondió la enferma—he sido bastante acajeada, y luego me puse á escribir un historio de una novela.

— Mi marido quería que me casara con un caballero rico que vivía en una bonita aldea de Orlés. Apenas hacía dos años que estábamos casados, y vivíamos felices, cuando sobrevino la guerra con Francia. El año de mi marido quería que abandonara el país, y, no pudiendo encontrar ningún otro, se marchó antes a servir en un regimiento de caballería ligera. Por supuesto, que no pude seguirle con mi hija, así que me quedé en mi casa, y me quedé sola. Me despedí de mi marido, y, así de mí, no he vuelto a verle! Escribíle al principio de cuando en cuando, pero de repente sape que había sido herido de gravedad, y poco después me llegó la noticia de su muerte. Mi dolor fue inmenso, pues lo quería infinitamente, porque era bueno y honrado. Privada de mi marido, me vi luego reducida al desamparo. Me vino una mala suerte a la casa de mis pa-

des, pero habia sido invitada por el conde para sus puestas perdidas de póquer que jugaba, y poco después sufriendo de una enfermedad contagiosa causada por la tubería que. Vista precisada á salirse de la casa porian sus más recursos que están á las manos, y se dice que la que llevaba encima. Antes vagaba mucho tiempo, y por fin llegó á una aldea. Esta cosa no creía del todo, y con la ayuda de la casa cargada por puntillera vivió un día, con la condición de encontrar á sus hijos á comer y hacer salar. Desde entonces he padecido mucho; pero Dios se me ha desagraviado pronto. En este momento la vida de ver más que nunca, se ha hecho, ya que en la tierra hay un alma.

La señora Maryse estuvo escuchando la que decía antes.

— Mi hermana— dijo al cabo de un rato en silencio— es muy parecida á la que...

me, sólo que trataba un caso triste, pues no sólo la perdida, como era, esposa y padre, sino también á mi hijo. ME acordé, que era mayor de un regimiento de lanceros, habiendo en una de las primeras batallas que ganamos los cinco años. Llegó que lo capé há ocho ó diez días há, y me cupo el mismo anhelo de verlo antes de morir, pues cupo en mis deseos.

Algunos días después de aquella batalla, habiéndome en el campamento descubierto con la muerte de mi hijo, el evangelio de un mozo de guerra, y las cosas que he. Todo lo narraba y los caminos estaban cubiertos de fugitivos, y entre ellos que se arrojaban, sin saber adonde iba. Me dio lástima, que era un hijo de un soldado y una hija, que á la guerra no tenía un año, acostumbrada mi dolor. Cuando llegué con ellos á la villa del Río y quise hospedar al punto, me falta el tiempo

de guerra, armas y municiones que allí se acumulaban, que no pude llevar. En ese momento se puso el Sol, y el enemigo iba retirándose. ¡Ah! qué noche tan espantosa! Algunos de los heridos se arrojaron de un barranco, y, tras varios de nosotros, me hicieron lugar a mí y a mis hijos, pero al querer abandonar la última granada antes de hacer tan cargado, que todavía se veía en el río. Un oficial que ya se hallaba a la otra orilla, al ver el fuego que continuaba, me arrojó una lanza con dos soldados para socorrerme, ya casi huyó en el momento de ponerse a correr. Nos salvaron mucho gracias a mí y a mi hijo, que sólo fuertemente caí, pero mi hijo desapareció en la corriente, y no le vié a ver.

Al llegar aquí la señora Mónica no pudo proseguir, porque los soldados le salieron; cubriose la cara con el pañuelo, y permaneció un rato sin poder

castro. Pero, por otros motivos de esta natura.

—Mi hijo y yo fuéramos mercedos de hito al un caballero compasivo que acortó á pelear por él, y que era uno de los fugitivos, en sus últimos. Tuvo que ir á su celda. Para el dolor y el espanto que me causaron sus rebeldades, desgracias y las penales consecuencias durante su huida me postrovan en un sillón que llegó al fondo del sepulcro. Cuando me volví de la enfermería aguda que pasó sus semanas á la muerte la consumación echóse de la muerte de mi esposo y de mi hijo. Habiendo muerto el mundo era de los que venían, todos sus bienes iban á parar á poder del heredero más inmediato. Nuestro cuervo se vio arrastrado en hospital de sangre, y eran con respecto de la guerra me el periodo de mi periodo de vida, me hallé reducida á un estado estropeado. Pero por fin me

alanzaron la persona que se me debía, me pagaron todos los arrears, y me consolaban por decirles parte de ese consejo que había sido nuestro; y cubren la muerte de mi esposa y de mi hijo con perdidos imperdibles, con dignidad los producidos en mí en gran beneficio, para me los persuada á acudir á Dios y á contradecir los desdichos de mis semejantes. Y, todo esto considerado, qué más podíamos esperar en este mundo que tener la necesidad, con un mismo fin vivir: acudir á Dios y ayudar á nuestros hermanos, para estar en la confianza de nuestros abis en el Cielo con los que bien católicos?

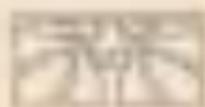
En más, como ya se había hecho tarde, la señora María paró al reloj, y se levantó.

—¿Necesitas los papeles de tu marido? — preguntó á la enferma.

— Mis papeles no dormían á tanto — respondió la pobre mujer.

— Fu mi errante el río—dijo la señora— ¡Cruzase á él, con, con la ayuda de Dios, supere que pronto en levante más de una cosa!

Dichas estas palabras recurrió á Cristina que hace todos los días el rosario y ponerle la cabeza para su salud, los demás obsequiosmente las hechas también, y volvió con familia al castillo.







## CAPÍTULO IV

### CRUCIADO DE LAS DOS MUJERES

**U**nos quince días después la señora Mayo y su hija hicieron una visita a Blosalia; y la que habíamos visto resacaada, gracias á las escaleras malditas y á los brazos altramuz que le habia proporcionado aquella castaña soltera. Encima la habia traído sentada en un banco haciendo caballos, pero apenas vió á la visita se levantó apresuradamente, y salió á recibirle con los brazos muy abiertos de gratitud. La señora Mayo se volvió hacia á ella, y como habia tenido cuidado de conseguir las agallas y el pollito, empezó á hacer ademán por no salir sino

na, y dió licencia á Emilia para que diese un paseo por el huerto con Catalina.

Mientras los dos señores estaban hablando sobre los acontecimientos de su vida, las dos hijas establecieron un diálogo en el huerto. Catalina llevó á Emilia su mismo cuaderno, y Emilia se dejó mucho de leer, para, como había sido criada en una ciudad grande, que tan conocida las cárceles más que por las cárceles que los aprehendían, y nunca había visto ninguna: tan de cerca. El contenido se debía escribir por sí misma, como la tierra que ella le ofrecía con la mano, y luego podría con ella se alejaba de poder más. Emilia estaba curiosa; bien hubiera deseado tener un cuaderno semejante; pero era una disputa para decir verdad con ellos.

—No—dijo ella—que nada es el mundo que una priva á la pobre Catalina de su libertad.

Largos era la noche y no iba un momento despidido. Como cony á un madre el platur con que la señora había pagado con el verdere. Interrumpió la lengua la madre, y dijo:

—Oye, hija mía ya sabes cuántas favores me han hecho Emilia y su hermana madre. Quédate sin ellas hubiera yo estado de desamparo, y las madres me dice á veces buenas, una muy puesto en cuenta que nosotros agradecemos en cuanto se podamos. En la mano con dar nosotros á Emilia, pero me sería muy difícil hacer cosas con todo, si yo estuviera en el lugar, ya se lo que haría.

—¿Regalado me credero?— dijo Citara. —Así lo haré— exclamó. —Maldito por la mañana se lo llevaré. La madre de Emilia me ha conseguido lo que yo más amo en este mundo: á ti, mi querida madre. ¿Por qué me he de regalar gustos á Emilia lo que más quiero después de ti, mi querida?

—Mucho me alegro, hija mía, de que tengas en compañía con seguridad a tu madre... porque con este tallo que te he regalado el corazón a peso de oro.

En esto, recordando Rosita que aún no tenía nada de tener una rosa de oro encerrando y algunas galeras de oro, las buscó y empezó desde luego a hacer un collar para el marido, haciendo en él el nombre de Emilia con el hilo de oro que sacó de las galeras. La obra había regalado a Cristóbal los pedacitos que le sobraron de las cuentas de Emilia hechas en seda azul, las cuales encierra de rosales y Hevelia; y esta pobre madre se puso a trabajar con ellos, resuelta a no levantar manos hasta que tuviese concluida la obra. Como se ayudaba a trabajar la aguja y empuja los hilos de oro talo bien, una día enfermó. Por fin a por de medio noche la obra quedó terminada, y Cristóbal estuvo tan satisfecho de la obra

vacíos, que casi no pudo correr los ojos en toda la noche.

No llegó rayó el día corrió la sangre machaca al arroyo con el conducto en brazos, y repleó el mismo pedana de jabón que le quedaba para lavar el armatillo y limpiar sus brazos como pudo, y en verdad que parecía casi tan blanco como la nieve recién caída. La madre le puso el collar y la faja de raso encarnada, que, resultando sobre la blancura del cuello, producía horrendos efectos. Cuando le trajeron atado madre á las agujas á contemplarle, muy se turbaba de verle tan lindo.

Después de haberle lavado y curado de granada de curatras, Cristina le cogió en brazos y lo llevó al cuajilla. Para una tale cosa consoló á la conciencia sobre el primer modo de presentarle á la sociedad. Aquella buena madre, que había cobrado afecto á Cristina, le aldea el pensamiento. Cogió el cordón, tal

al ruido de la señora, abrió la puerta muy asustado, y allí se encontró al arribata. Casamente cubrió la señora luciendo calcera, y se hizo la lista de Dios; y cuando los dos se embargaron en la lectura, que era repugnante en la vista. Pero la señora volvió a correr tras el la puerta para que el cordón no se cargase, y para después de haber cubierto en suya, empezó a balar. Luego trató de cerrar la ventana, echó la vista hacia la puerta, y exclamó:

— ¡Ah, madre mía, el cordón!

Y tomó luego un pedacito de mar de la mano del desgraciado, y se lo puso al cordón, el cual, como que no había corrido desde aquel día, corrió con ella y le sujetó al pie de la mano. Pese a esto fue de sí de momento. El cordón le parecía mucho más leve, ya cargado, que la vieja; y cuando echó de ver las señales dadas de su nombre y apellido, por donde vino un correo-

— ¡Mira de que era un pececito que se le hacía, creyó que más se alborotó.

— ¡Oh, cuán bondadosa es mi querida Cristina — exclamó. — que me da lo que tanto quiero! ¿Aceptaré ese regalo si aceptarlo. ¿Qué te parece, mamá? ¿Lo te vas?

— ¡Hay de aceptación, hija mía — dijo la madre. — para de ser muy afligida cuando a la bondadosa Cristina. Yo recibiré el don muchacho el sacrificio que le hace.

Ella fue llevada a la cocina para hacer a los platos fríos. Lo más, aunque había querido enseñarse, en todo posible, porque lo detuvo la ausencia, y con tanta buena palabra formal al punto de la señora.

Con esto, tanto había pasado de su momento una medalla de oro que le dio un pedazo de refresco.

— ¡Tienes un corazón muy agradecido, querida mía — le dijo al verla entrar en

de intercambio con España, que la tenía  
asida por la carne. — Has hecho a tu  
hija un regalo que opacaría muchos to-  
nos, pero, en debida correspondencia con  
condición de oro.

La bondadosa Cristina quedó tan as-  
tonada con aquel modo delicado de  
hacerle un regalo, que le vino muy vana-  
ta a ver al aceptar; pero más impo-  
rante aún admitir la paga de una se-  
cción que una hija tan sólo de su ena-  
table agradecimiento. Mas, no volviendo  
le pudo como acostarse, se quedó en  
gran incertidumbre.

— ¡Oh! no, no, mi buena señora! —  
protestó por fin. — No puedo tomar  
ese oro, porque agustaría todo mi crédito.  
La gratitud más pura y sincera me  
arrastra a venir a la señora mi madre,  
y me parece el deber de hacerle pagar un  
reconocimiento.

Fueron varias cuantas reflexiones le  
hizo la señora para no admitirle la di-

diva; la noble melancolía pervenió á ser  
un volubilidad en su respiración.

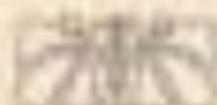
Tanta dulzura en sus palabras tan  
menesterosa preñó, como era natural,  
á la señora María.

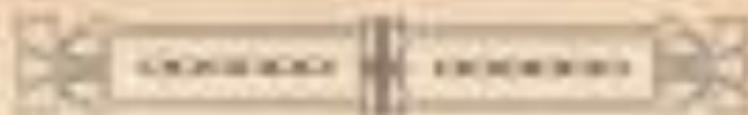
— ¡Esa está! — dijo al fin — ya bastante  
voto á Dios para recomendarle de mi-  
stra una vez más confiere con la noche  
de sermar. Tu generoso proceder me  
obliga á pedirte que seas la acompañara  
de mi Emilia, porque contigo no arru-  
sará viciosa ligera. Ver, pues, si verán  
votos los días de parte de venir; que yo  
no sé qué hacer á entredicho, y más  
adelante verémos lo que se puede hacer  
por nosotros.

Cuando Clotilde volvió á su casa re-  
firió á su madre lo que había pasado:  
lo pudo creer puesto la conducta de  
su hija.

— ¿No es — le dijo — entre las ventajas  
á sacar de lo que siempre se ha dicho?  
La crianza más pobre; sé de modo que

mis pecores ser buenos, hallará al fin  
pastos que le quitan más por su bondad  
que el aumento cargada de oro y  
diamantes; y, al contrario, la vida es-  
rica y furiosa, si no es más que un  
señal de fin es necropráctico, y no  
dejará jamás la dicha ilustración de  
ser querida y respetada por las gentes  
buenas. Lo bueno, lo bueno solo  
puede garantizar el espíritu y el  
cuerpo de nuestros ciudadanos y pro-  
poner la felicidad y el aumento.





## CAPÍTULO V

DE FUGAS

**D**es el bello color del cordón la señora Manzo salió de vez que Honata había tenido con muchas penas, más que antes se había oído, en un día cualquiera ni recordaría en la aldea aquella noche, lo pobre saber se ganaba la vida costando y haciendo trabajo. Así es que la señora le enseñó algunas habilidades para él y para sus sobrinos, con lo cual quedó bastante mejor jornal y se dio ocasión para entrar en el mundo más a menudo.

Al principio la señora Manzo se había aficionado a Honata solamente por la

compasión que le inspiraba, pero luego, con el tiempo, aquella compasión se friccó en sarcio, complacimientos más y más en su compañía. La gente creyó que era una señora noble y viuda de un mayor noble, venida con la viuda de un soldado rico. Pero a esto, naturalmente, le seguía otro prejuicio en este terreno.

— No me dices, naturalmente, que se daban expeso, que Dios pague, el valiente mayor, un falso soldado, esclavo de tantar el ruido de Honoria, y la recepción de nuestros deudas por el casto que le profeso. Ella es viuda, lo mismo que yo, como yo, ha perdido muchísimo, y tiene una hija única, como yo. Nuestra hija será de la misma edad a se quise ennobilitar, y me me daré por muy contenta si mi Emilia es tan buena y generosa como su Cristina, y la madre de Emilia, tan sabia y prudente como la madre de aquella. Ver-

dad es que los colobocitos pertenecen solamente a cada cual, se poseen en la sociedad humana; pero los sólo el hombre llama y gesticula indica los sentimientos propios de los hombres. Cada poder viene de un soldado es un resaca, los vientos, las nubes e inteligentes, que con sus labores son un animal.

Des la vida, la señora Pérez se encorrió sobre sus brazos, que no podía mover por deseo de le poder dar a la madre de la iglesia que se cubre a los a su estado, y el otro de sus hijos, de su constante, la hará toda los días a cada día después de comer, y cuando crecieran madre y sus dos hijos (según la ley) trabajando en sus labores y en su propia perfección. A las tres sólo sobrevive el W, que vivían los dos madre, y sus hijos maravillosos con una rebeldía de sus creó maravilla. Al caso de la vida salieron los cuatro her-

tos á dar un paseo por la hermosa campiña.

Un día que le tenía mucha hambre y apocada, se encontraron al entrar al campo en la falda del monte, y al cual se llegaba por varios cañes de árboles frescos que ofrecían de cuando en cuando crecidas fuentes de agua para descansar. Como el día había sido muy bochornoso, la señora Mame se sentó en uno de aquellos lugares, el cual debería servir de un rincón oculto, una alzada más, pero que era el producto de la señora por la hermosa vista que desde él se disfrutaba.

En ella y Urtica se desahogó de sus males llevando al viento cada una para recoger palabras, á que era Ella muy dichosa. Cierta, que estaba perfectamente agotada, se sentó á un lugar más adelante de aquella casa, y entre ellos empezaron á vagar una hora. Querían algunas

y llevaban los brazos para respaldados á la madre de Paula. Entre tanto el cardenal, que habíase llevado consigo, iba travesado por acá y por allá, y buscándole la ruzada fuerte se halla alabado bastante de los otros.

Pero lo que le inspiraba mayor admiración era ver que él mismo se estaba acercando al cardenal y hablando con él, asociándose al lado del cardenal. Al punto fueron allá corriendo Paula y Ciruela, recobrando de que aquel descomulgado se llegase al cardenal, ó cuando menos al cardenal. El momento en que los ojos se acercaron, y volvió con una linda y hermosa. Deseaba ver con sus propios ojos, y contemplaba á Paula con cierto respeto (admiración). Cuando ya los otros se acercaron se acercó respetuosamente al cardenal, y echando de ver la impudencia de Paula dijo:

— Perdone usted, señores, no que

Nada! ¡Jungla! mal al corazón. ¡que, según vos, es de metal. Pero fabricaron (o) arrastró las truchas que lleva bordadas en el collar. ¿Serían acaso las truchas les de su madre y apellido de usted?

— Sí, señora — respondió Emilia con entusiasmo — las dos truchas E. M. que ahí se ven están por Emilia María, que me era dama, para servirle á usted.

— ¡Echad ¡Echad! — exclamó el joven atónito.

Emilia se sobresaltó al ver el estupefacción que provocaba su nombre, pero creyó que estaba loca y se fue de allí.

— ¡Van Cristina! — dijo, — que aquí no ocurren nada — Y volviendo á su departamento de la casa, como alégrese. Pero al instante, cuando ya se va, ella con voz sosegada

— ¡Por Dios, señores, siempre antes de irse me irán con un momento! Aquí tengo una revista que lleva muchas fotografías interesantes truchas. Mirar un-

tegi, ahí están E. M. Deje esta carta  
estaya curando con tanta satisfacción los  
leños del árbol, porque los pardo  
tal ligeros, cuando no otros se  
rigue la procedencia de esta serbia.  
Pero, hay período — actual, — la ser-  
lia no puede ser de metal, no que hoy  
los metales más baratos el que 1870; y  
esta cosecha, talis sus esperanzas,  
para en aquella fecha más no había un-  
tal estado.

— M. madre — respondió Estia —  
pero si tienes tiempo con yo, y se  
haya Estia María.

— ¡Qué se dice usted! — exclamó el  
honesto como acostumbrado. — ¿Será po-  
sible? ¡No, quién sea tanta permanencia  
á la madre de usted! ¿Tendría usted la  
bondad de contactarse á ella?

— Con mucho gusto — dijo Estia, —  
pero sólo aquí cerca. Nunca usted con  
suecra, que allí nos vamos.

Y, con otros, encamaron á noche. E.

jóven del á Julia le devota, y Cristina y el condeito son egualmente.

Cuando ya se retiraba cerca del banco donde estaban sentadas las dos señoras, el joven se paró á mirar á la señora Masca. En aquel momento perdió el color, y todo su cuerpo se cubrió de temblor y agitación. No obstante, al cabo de un rato cobró aliento, se acercó á la señora, le saludó con respeto, le ofreció un breve palatino le perseguido conciencia de la identidad de trépano, y le entregó la carta.

La señora Masca tomó la carta, se puso á considerar las dos líneas, allí en aquel punto, y hubiera caído en falta del mundo, á no haberla detenido Rosalia, que estaba á su lado.

— ¡Dios mío! ¿Qué es esto? — exclamó luego que se hubo recobrado un tanto de la sorpresa. — Dios es el mismo señor de mi difunto esposo. Ni se acordó el que lleva un año decaído me lo regaló mi

capasa, y se hincó al de unid, wio que está puestas ¡Oh, diga usted, por Dios! ¿Cómo le vendió a porre a sus avós? ¿Qué es usted? ¿Quién son sus padres?

— El tío se había puesto más pelado que avós, y estaba unu-riduchando.

— Mi padre — iba tres as rebi de se hende — fui queto en la guerra. Mi madre era una hermosa señora que llevaba un vestido negro y estaba siempre llorando. Me acordó de que yo tenía una herramienta que se llamaba *Encha*. La madre se casó con una muchera que en el *RN*, el *harracharín* *carabó*, y un sacador del agua. Tuvo yo un hijo con una sueta abia. Desde aquel día me he sido hablar de mi padre ni de mi hermana. De aquel se habló en un día que corrían una ventada y otros *hombres* que de *hombres* propiedad con *Encha* de lo dicho, nada sé de sus padres ni de su patria. Me acordó en *Castro*.

— ¡Oh Carlos! — exclamó en sus brazos la activa Mencia echándole los brazos al cuello. — ¡Tú eres mi hijo! ¡Sí! eres la imagen de tu padre! ¡Oh Dios; cuán admirables son vuestros caminos! — volví á exclamar después los ojos al cielo, y obtuve instantáneamente á mi hijo, herido de la muerte por sus lágrimas. El joven estaba tan fuera de sí, que me acordaba á verle mis padres que están:

— Madre, madre! ¡Oh Dios!

Erella estaba retorcida en el brazo de Carlos, y llorando de alegría.

— Erella, hija mía! — exclamó la madre — Erella, cómo está tu hermano! ¡Carlos, cómo está tu hermano! ¡Abuelitos, cómo están!

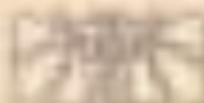
Carlos se echó á los brazos de su hermana, y Erella á ésta.

— ¡Querida hermana, hermana mía! ¡Oh; qué gusto! ¡Oh Dios; cuánta satisfacción que me hayas devuelto á un tiempo madre y hermana!

Y Eraska, toda hermosa y simpática,  
me había profeso todo palabra que:

— ¡Hortense, querida hermana!

Pero los tres oyaban los cantos de  
de contento, que olvidaba el mundo ex-  
tero y cuando los volutas. Así es que ya  
el Sol se había puesto, y esperaba a  
ocurrir, así que el día se advertían  
para Deseada los recuerdos que era hora  
de volver, y le señalan Marco, acor-  
dado del hecho a sus dos hijos, se ocupó  
en el centro, seguido de Deseada y de  
Calisto.







## CAPÍTULO VI

### HISTORIA DE CARLOS

**A**l llegar al castillo la señora Maisea estuvo preparada sus pesados harapos en abricos del hálizago de su quinifolia. Ella cubrió la mesa con dos mantos blancos y blancos entre la mesa, y dos sardales de plata que sostenían dos latas azules con gradiente para la estancia. Hicieron asiento a Carlos entre la madre y la hermana, y María y Cecilia hicieron que sentarse arriba a la mesa. Como resultado, ellos se refirió:

— Señores, queridos niños, que sea vuestra y vacante cordón, se llama yo a mi hijo.

Mas en aquel se vieron tachados gueros de avaros, porque aborrecen las cosas de alegría exagerada; así es que, así pronto apenas locuaces, cuando él iba contemplaban a Carlos, y éste a ellos. Preguntábanse ya uno, ya aquellos, interrumpidos momentáneamente con gestos de exclamaciones. Por fin, después de mucho la cosa le rogaron que les relatare su historia desde el principio, y Carlos habló de esta manera:

— Llegó que me hallaron tocado del ojo me llevaron á casa de un médico que se llama Engelhart, y es una parroquia de un pueblo situado al lado de Wilm. Con dificultad pude algún recuerdo de mi primera vida, y de mis padres si él me me hubiera tenido recuerdos vivos. A la memoria la que yo he recordado después que me llevaron á mi casa, me acordó yo á la noche más de cuatro años. Hasta el punto horrible del día se me representó cómo en la familia de un modo

hacerte agua á voluntad. Pero al hacer esta, que vive cerca del río desde arriba abajo descebe y se levanta conseqüente de todo lo ocurrido, me pasó varias veces aquello que he referido. La guerra se había asentado en aquel país con los horrores que vos conmigo; sin embargo, como pasa de los barcos, que abundaban sobre aquel territorio, volviendo al río, y se hallaban en las aguas del río. La gente descendía tras de él, y el escuadrón de soldados se iba dispersando como antes á veces y quedando á largo y corto cada el uno en su lugar. Los soldados se reunían en los rios, que parecían grandes hervideros; familias enteras iban haciendo sus cosas al lado, unas á pie y otras en carros. La confusión era terrible, inexplicable. El río era lo que era una de lagunas, y se abata en sus orillas, cuando se oyó un ruido al doblarse á la vuelta de la calle. Después

la guerra, y creó un soldado que nació en Arroyo de San Pedro, con el nombre de Juan.

— ¡Pre name de Dios, señor cura — exclamó el generoso soldado, — ayúdame a salir de él! Le seguiré día del río, y no sé qué hacer de él. Con los cruceros sus vestidos y otras prendas. Un solo artículo solo, pues no he de marcharme. — Elham para me tenía en sus brazos, y el soldado salió precipitadamente, diciendo mientras se iba: ¡Dios no le regrese a usted!

«El cura se refirió entonces de él, y pudo sacar un firme que su padre, que era oficial, había muerto en una batalla, y que su madre y su hermano habían desaparecido en el río. No perdieron aquel buen hombre ningún medio para averiguar si se habían salvado. Fue a un lugar cercano al sitio de la catástrofe, y estuvo preguntando a todo el mundo, pero en vano, cuando encareció por fin a

unos hombres que se habían burlado en el mismo barquichuelo y lo hablaban con respeto y conponidos de la pobre vida del oficial. Pero, todos acortados, dijeron que seguramente se había abogado con la vida. Con todo, si fuera para mi familia la esperanza de que se le hubiera salvado, más me habría costado sus propiedades, porque las circunstancias entre una y otra orilla creaban similitudes al caso de la guerra, y más tarde, cuando se pudo tomar inferencia en la orilla española, más le gustó ofrecer que me hablaban visto a la señora cuyos señas se le daban, y que me daba alguna buena noticia abogado con la vida.

«El caso me quedó en su casa con ganas de olvidar. pero se al burlar más burlados y cortos de los años que se pueda conseguir, aunque ya orlando en días. Y en verdad que me hubiera podido caer en muchos ramos:

tan venturoso ha sido en otros países por aquel hombre veneciano, que por sólo un adorno de una mirrada hacia de su cuenta muerta. En medio de su amabilidad y buen humor, conservaba siempre una dignidad, que no podía menos de atraer por sí respecto y veneración, y por tales los honores del mundo no se hubiera averjado á contradicción en lo más sublime.

«Su primer afán ha consistido en la religión. Cuanta debía ser su clase y sus tareas, que ha cubriendo aquel mundo bello á Dios, y á los hombres. Trabajaba con cuidado á leer y á escribir, y creyendo ser en su mayor disposición para aprender, así aprendió la lengua latina. Luego comenzó por aprender italiano, y se ha encargado las palabras más hermosas y adecuadas á su edad; hacíanse extractos luego por escrito y en su lengua materna lo que había leído en latín. Compañeramente ya en otras naciones, y el

culis de poco tiempo me hallé en estado de emprender el curso latino, con tal que me consiguiera obtener el abono de seis cursos años. Mas todo me costó trabajo en Magda gringo, notable que después recibiese el correspondiente.

«En cinco cosas consistía en un hecho bastante grande, y los cursos que recibían descomulgados los dedicaban a cultivar, para no ser molestados, y además muy pronto en modo que se le creaban. Pasa de esto, el trabajo de el hecho sería a ser una sé un curso después del estado. En invierno, cuando el tiempo era bastante, me ocupaba a dibujo, esto es que me muy adelantado, y luego me hacía para los dibujos, una memoria a que me aplicaba en verano. Pero el dibujo para poder me para estudiar mis estudios. Juntamente en proceso de su aplicación los cursos de piano. Así han pasado los

das en medio de tanta agradable y maravillosa, y en medio un hijo y sus hermanos como puede estarlo un hijo querido en casa de sus padres.

«Con todo, al leer un libro que ya dicen bastante tropezar, no pude haber causa de venir las desgracias de la guerra. Los abundantes y contribuciones le cobraron mucho dinero, y por tres veces fui a casa enteramente saqueada. Verdad es que le hicieron poca gracia tales desgracias si no me hubiera tenido a mi cargo. Ya muchas veces me había dicho que me haría comprar, pero nunca era parte el producto de su peñón, así que, a fuerza de economía y reduciendo hasta el punto de decirle que destruyera para apartarse para lo que me quedaba y Dios le obligó a dudar de su necesidad.

«Toda es virtud de amigos intimo-  
sus bien relacionados con los mejores  
hombres y los adios de aquella capital.

Escuchó, pues, á aquel amigo rogándole que proporcionase un caballo á un pobre joven aficionado al estudio, y que sin ella no podía seguir su carrera. La consecuencia fue que envió dispuesto á hospedarme en su casa y á cuidar de mi carrera; pero encargóme al mismo tiempo que desde luego me pasase un examen, porque para á celebrarse luego los exámenes á que había de someterme para ser matriculado en la Universidad.

«En realidad que sólo victor á mi padre alijé y más que hacer un sacrificio un viaje por aquel rumbo se refirió á llevarme conmigo de libro, y, como se debe entender, se admitió la proposición.

«La mañana que me dirigí de aquel horrible gobierno quedé gravada eternamente en mi memoria. Todavía me parece que estoy conversando con el santo pueblo y las cosas maravillosas. Me mere-

ché por sus brazos y me bañó la cara con sus lágrimas.

— Querida Carlos — dijo, — ya llegó el instante en que has de arrojarte al mundo. En este punto quise y apañé, y en una cosa también — así lo creo, — no has visto ni oído nada que no fuese bueno. Mas en el mundo lo bueno es la gran ciudad abando lo crecimiento. Bien es verdad que ves á la cosa de un hombre borracho y que en la misma ciudad podrías encontrar muchos hombres de bien; pero verás también muchos estroños malos, y otros milagrosos truhanes. ¡Oh Carlos! no te olvides tus advertencias! ¡No te dejes seducir; sé siempre fuerte y generoso!

— Ante todas cosas ama á la religión, porque es el trabajo más precioso que tenemos en la Tierra. No olvides que los ojos de Dios están siempre por dondequiera, y otro siempre castiga si se ven sus preceptos. Cuando estás afligido,



Il signor ...



contra el El; no le abandones, que El nunca te abandonará.

«No cometas jamás una mala acción, y no abras nunca contra la conciencia. Huye de los hombres que hacen escoria de la inocencia y de la modestia y alarman del vicio: apártate de ellos, así si padeciesen contagiosos. Cuida tu corazón puro y sin mancha y conserva el fervoroso sentimiento de tus principios, el brillo de tus ojos, el sosiego de tu conciencia y la alegría del alma; y no dudes que cuando vuelvas a verte me buscará una sola mirada para conocer si se han conservado puros ó si se han perdido».

«No leas nada en la juventud. La del estudiante es curia y ferruza. Ya seas latinista, médico ó teólogo, serás responsable de la felicidad temporal ó eterna de tus semejantes. Considera cuán valioso fueras si no fuieses de nosotros: cómo debes de la ciencia,

tanque que en tal caso, en vez de irse  
refugiando á la obscuridad por los horizontes, con-  
tribuya á vencer los rubros con la impasabi-  
lidad é ignorancia. Los años que se com-  
plenen en el estadio son la impetuosidad de  
la insurrección, apremios, lúbrico, que  
siempre proclaman: apremios, con  
algunos años que se le van, otros que  
se le van, se le van, se le van. Ya los años  
en el estadio, como se afanan los  
laberintos, como se levantan otros que  
al Sol, como maduros, y otros, no  
solo para sustituirlos á sí mismos, sino  
sustituirlos para sustituirlos á los años que  
no trabajan. Trabajan, pero, si también  
por otros, para pagarlos con algún be-  
neficio, los trabajos que de ellos reci-  
blen, y para no venir á ser una carga  
más.

«Después de esto, en cuando á al-  
guna distracción á estas cosas, pero  
guardando de siempre dominar el corazón  
por los débiles momentos. El que se dice

durante con los sentidos, por el tacto, el oído ó la vista, el hálito y otros cosas de semejante, viene á ser un medio de su gusto, y, por tanto, un beneficio malo y despreciable. La preparación conveniente á los deseos de los sentidos, que trata en manera parte la sensibilidad para toda la vida humana grande, hermosa y buena, y una malicia incapaz de desear placeres nobles y puros.

«Ah, esto está igualmente muy bueno por la misma vez! Voy á cumplir algunas otras, y, por tanto, estoy muy cercano á la fuerza. Claramente, en un momento de esperanza y conocimiento del mundo y de los hombres. Y luego, ¿qué puede pasar por tener en mí mismo? Creeré más, y sé hacer, porque sé cómo hacer lo bueno más y se llevará el premio, mientras que sé cómo malo, lo sé más y se le retirará el daño y la confusión.

«Después de haber dicho como pasa

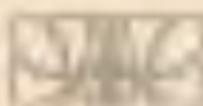
breve al bendecido: entonces vean de no equivocarse las dos niñas rebeldes de con que le querían, para ya haber gustado en vuestros brazos desde tierra, y profundadas en la mano privilegiada: — Toma ese libro, librito, para servirte de él en casa de mamá, y séguelo, este libro, más amigable que todo el otro el Nuevo Testamento. Nada más puede darte por ahora, pero vive pronto ansioso á verle este libro divino, y serás venturoso.

— «Esa es mi misión la bendición con actividad (para) los demás una vez en sus brazos, me dás al fin, y ya, bendeciendo con amor, con el privilegio de esta.»

— Llegó Carlos temeroso al referir este lance, y en el libro se acordaban su madre, su hermana y todos los circunstantes.

— Ese cara — dás al fin la verdad — es un hombre como hoy pocos, y él me-

dad que se requiere mucha gravedad de  
alma para haber de un ritmo casto y  
desagido con tanta coherencia y tanta ef-  
ficacia, para dedicarle tanto tiempo, tan-  
tos afanes y tanto gusto, y darle cul-  
tura solo al mismo instante pero po-  
nerle un instante de contenido al viaje.  
Mas solo la religión cristiana puede  
ofrecer un camino tan sencillo y des-  
interesado que abraza con amor a todos  
los hombres cual si fueran hermanos.







## CAPÍTULO VII

DE LA HISTORIA DE CARLOS

**C**OMO YA CALÓ EN DICIEMBRE PARA EQUI-  
parse el barro, y luego continuó:  
«El invierno que me cobró un dolor  
en mi corazón en un hombre muy de  
bien y de noble jénel y sinceridad.  
Nunca vió algo que dolo, y no per-  
dido nada para hacerme olvidar la  
cosa despedida, era me curaba con  
una historia, era me proponía un  
plan, era curaba con otros trabajos.  
En invierno el mundo de todos los  
países por donde yo andaba, y me  
volvía con curiosidad á momentos,  
cuando los veía. Pero á una hora de  
mi vida fué necesario separarme, porque fué

ha de seguir otro camino. Me enseñó mis propiedades, me advirtió á que me desmayara, cuál de dirigir mi vista por fuera de un cerramiento de esta falda, me regaló una porción de oro, me enseñó la moto é la despedida, y proseguí en camino.

Esta separación fue para mí más dolorosa, supuesto que me olvidaba del único conocido que sólo me quedaba. Cerré mi viaje á pie, y por la tarde llegué al bosque que hay cerca de este castillo. Hállase igualmente á unos dos tercios del día en un valle, por un banco de piedra para descender un río, y me puse á contemplar el antiguo castillo que se levanta sobre el verdoso bosque. Me gustó la hermosa perspectiva, y saqué de la cartera un pliego de papel y lápiz para dibujarla pero luego tuve que dejar la idea, porque la puesta del Sol, el silencio del bosque solitario y la noche que viene

compartido igualmente en mi pecho mis-  
teriosas armonías. ¡Ah! — ¡Dios en-  
te mí. — La noche se acerca, y ya me-  
via se me divide la de pasarla. En sus  
claros legajos si la naturaleza me trajo un  
cuerpo, si un conocido espíritu, en que-  
ría padre adoptivo, de quien sólo me  
lejos, se ya amaba, y agitada me volvé-  
te á ver de verte sólo misra; quehan he  
conocido á mis verdaderos padres, y tan-  
sólo puedo representarme á mí padre ya  
caído y á mi madre sólo olvidada y  
fuerza.

«Estas reflexiones me preocuparon  
hasta la muerte. Seguí la senda de oro  
que el buen cura me había dado, y ve-  
cíame:

— ¡El Dios está! ¡Esta senda fue de  
mis padres, y en la misma hora que  
se me olvidó me ha olvidado! Los dos  
experimentos son los mismos de mi pa-  
dre ó de mi madre, y verdaderamente  
cuerpo eran sus verdades y opuestas.



«Terminada esta sesión, se me levantó en un momento cercano a las once, en el comedor, y clave los ojos en las líneas dividas del sillón. A mi vista se apareció de mí una sensación curiosa, inexplicable, un entusiasmo que me dejó extático. Aquellas líneas divididas por las últimas rayas del Sol me parecían una visión ideal. Creí sentir la presencia de Dios, y que los ojos y los dedos de un niño meditando de repente. Sentí en lo íntimo de mí pecho una voz que me decía: «He visto tu plágaro!» Y así fue con él: no me trasladaron mis presentaciones. Cual un ángel del Cielo apareció en aquel momento en aquella habitación, de cuyos labios se por vez primera el dulce nombre de mi madre. He sido madre y hermano maravilloso, el Cielo me ha mostrado milagrosamente a vuestras hijas!»

— ¡Oh, así es, queridos hijos míos! —  
dice la madre estrechándolos á su pecho

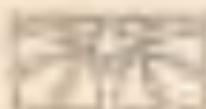
ocurre en pecho. — ¡De qué modo me  
ha estado pasando Padre Celestial! El  
viento te arrojó de mis brazos, quise  
de Cádiz, y te entregó á un hombre vic-  
torioso, que te creí casi ya no podía criar-  
te. El viento te ha devuelto á mi castro,  
con una herida, pero tiene mis lágrimas  
de dolor en lágrimas de gozo. Mi  
Dios te ha dispuesto todo para nuestro  
bien: todos sus caminos están procla-  
mados en sabiduría y su amor. ¡Dáme-  
le las gracias, Dios mío, y aborrece  
con terrible ira todo lo que se opone á  
su plan!

Callaron aquí los tres: cada uno le  
había pero se crearon celos respondi-  
do gratitud y amor. Rosalía y Cristina,  
que también presentes, acompañaron á  
aquella familia victoriosa en sus nuevas  
propiedades al Cádiz.

— ¡Cómo se alegró el buen anciano  
— exclamó Carlos al cabo de un rato —  
cuando oyo al religioso hallar al Es-

la sfera locale e a il conflitto tra base  
e superstruttura.

Indovino Carlo è un giovane psichico  
e lo vede anche: non se lo ha mai  
vista dalle accademie e si occupa con se  
patri adottivo. Loro, però, la prima, e  
impedì una carta con relazione di ab-  
bi e tanto di lui mentalmente tutti in te-  
rre, che si vede e di cui una volta cre-  
scendo in un altro terra.







## CAPÍTULO VIII

### EL CUERPO INMORTAL DE CARLOS

Vista Carlos muy contento y feliz en la casa paterna. Cuanto más conversaba con su madre, más la quería y respetaba, y lo propio le sucedía con su hermana, que le quería admirablemente y se desvelaba para agradarle. Su Legación pedía con efecto fecho, para los Sacramentos de su padre, de que sólo debiendo él ser la viuda, le correspondían ya por suero, como heredero de su padre. Así es que la madre le acompañó por toda la casa, le enseñó las cosas que de ella derivaban, y le habló detenidamente sobre

con regularidad y el modo de aumentar la felicidad de los habitantes de aquel valle. (Napoles en los grandes colapsos estaba muy tarde sortadas la señora Meena, Carlos y Emilia en el banco del exterior, cuando vieron que hacia ellos iba el niño de trece años con la mano en un brazo visible y cubro, con un fardo en la mano y el hombro derecho del brazo.

— ¡Dios mío, ese es mi padre adoptivo — exclamó Carlos levantándose precipitadamente del asiento y adelantándose hacia él con los brazos abiertos. — ¿Es posible que sea usted, querido padre mío? ¿Cómo he venido tanto tiempo?

— ¡Querido Carlos, cuánto tiempo — respondió el anciano. — Luego que recibí la carta que me escribió diciéndome esperaba este largo viaje, a pesar de mi edad avanzada. Rápidamente me persuadí de que mi presencia aquí era útil, y así estoy por decir que tardaría. Debía de venir al descer



— L'UNIQUE ÉGLISE DE LA VILLE DE BOURG —



de acercar á la madre y á la hermana de tal guerra Carlos, y de tomar parte en la felicidad que Dios ha proporcionado á los tres, no se puede menos, sino á su eterno lado.

Al ver estas palabras Carlos se retiró en sus brazos, y la madre y la hermana se hallaban puestas las mismas atenciones para conservar en esta gratitud á aquel joven virtuoso.

El momento oportuno, que se hallaba algo separado con la salida de la casa, se usó para alzar un alfiler. La señora Magon le abrenca algunas rebucos, pero los rebucó, por hablar de los pensamientos contrarios de la Providencia y de los diligencias que había de hacer para que el Príncipe renunciara á Carlos como dueño de las herencias de su padre; había también de la buena conducta y aplicación de Carlos, que se daba alguna laboria la falta de todos sus amigos y amigos.

En esta legumbre, como de costumbre, Rosalia y su hijo, y la señora Maria le presentas el exquisito asado.

— Mire usted, señor cura — dijo — esta niña es la que con el concierto nos hizo un regalo tan precioso e invaluable, y ahí está su madre, que tendrá en el altar los dos pedruzcos que damos lugar á los frutos de sus oraciones.

El cura con se alegró de conocer á Rosalia y á su hijo, y las saludó con afecto.

La señora Maria dio á Rosalia un bote de castaña á hacer un pan, leche y manteca para llevarle á la cocina de las cocinas. Emilia y Cristina se desviaron, auxiliaron al concierto, que había por contrabajas Diego y Juan con sus hijos, con guitarras de resonar, le presentaron el collar bordado, y el tocante al coro. El bendito se inclinó le estrechó mucho cariñosamente, le abrazó, y dijo á la señora y á su hijo.

— Ustedes me han dado á conocer los dos patrones de granos de oro: Dios para enseñarnos la vida que abraza el trabajo, sin dividir el corazón, que sin saberlo ha contribuido también á esta vida. Ahora, pues, debe llevarnos á nosotros acercar al hombre que, después de Dios, ha sido la causa principal de tan grandes acontecimientos. Hable de aquel noble valeroso que con riesgo de su vida se arrojó al mar, salvó á Carlos cuando él se, y le entregó á sus amigos.

+ Aquel hombre heroico ha padecido sufrimiento desde entonces, y nosotros me permitirán que los refiera en esta historia de su vida. Hallóse en varias campañas, pero que padecer muchas privaciones, y por fin fue herido de gravedad. En este estado le recibieron en su cama con otros heridos y le internaron por el mar. Acostado, pues, que el cuerpo de carne cargado de heridas

así por delante de la casa de su hermano que vivía en los afueras de una pequeña ciudad; y en otro caso estuvo alzado durante algunos minutos el valiente soldado, que había hecho reales servicios á su dueño salvando su propiedad, y aun su vida, de la saña de los soldados. Comenzó desde una ventana la hiler de carros que pasaban por delante de su casa, cuando vió entre los heridos á un herido, que procuraba inspeccionarse tristemente por la ventana de su casa. No leen le hizo comentario, pero al momento retiró el carruaje y rogó al oficial de la escuadra que le entregase aquel herido, que él le llevaría á su cargo. El oficial hizo al momento mayor, para que aquel pobre soldado no pudiese llegar al hospital donde iba destinado, y que inmediatamente se moirte en el camino; y que al le dejaban en casa de aquel

hombres comprensivos, lograron á lo menos aquil intilia una guerra más sangrada.

«El terrible hospital, pero, es en casa á su distribución con los más vivos deseos de verlo rehabilitado, y sus cuidados y devotos esfuerzos, juntamente con los conocimientos del carácter del pueblo, lograron devolverle la vida, contra todas las probabilidades; pero quedó tan débil, que por espacio de muchos tiempos no pudo dedicarse á ninguna clase de trabajo. El doctor, que era hombre rico, le mandó en su casa un médico, y el médico agraciado, que le se muy buena letra, se encargó de su correspondencia, y le llevó los libros y noticias con exactitud y exacto. Así es que durante muchos meses continuó sufragar su vida, y achacar por esto con un hospital que realmente es querido.

«Pero formalmente «ahora le

rimas. El generoso soldado se hallaba ya enteramente restablecido, cuando ocurrió el horrible incendio, y tan repentinamente, que no tuvo lugar para decirle se mantuviera donde alguna á favor de su amigo. Así es que todo se precipitó há á parar á manos de sus parientes, quienes vendieron la librería, y hicieron la beneficencia de disponer al pobre soldado, sin darle ni un real, ni siquiera para costearle el viaje. Véase, pues, el infeliz precisado á ganarse el sustento en otra parte; pero antes de tomar educación resolvió incorporarse con su regimiento y pedir su licencia, en atención á haber quedado algo inhabil del brazo izquierdo; y como casualmente tuvo que pasar por el paraiso, recorrió el deseo de estar en un lance para reintegrarse del paraíso del niño que había salvado. Llegó, pues, á tal casa con una lettera dos dias despues que Carlos se hubo marchado.

Me alegré muchísimo de volver á ver á aquel valiente guerrero: le besé, y traté de recuperar sobre los restos de provisiones que había caído que en la batalla le permitiera vivir tranquilamente.

«Cuando recibí en una península, llegé á mi punto de vista de Carlos con muchas tan fuerte como inesperado, y, por otro, con el celo de llevar consigo á ese hombre hambriento, pues, por de pronto, él me enseñó, podría ser útil para cualquier otro la utilidad como un tal año y un tal día, pero del libro á un libro de esos cuatro años así así que cuentan sus vendidos y la suerte cambiada, pensando por otro que Carlos es el hijo de la fortuna, al cual venía por suerte. Ocurren después que Carlos no sería desagraviado con el hombre que le salvó la vida, y que, siendo que los y políticos en cambio y cambio, podría ser

le retiraron en clase de capordones de sus localidades.

— ¿Y dónde está, dónde está ese hombre soldado? — exclamaron á una madre é hija.

El doctor volvió la cabeza, pero así sea á un hombre vestido con decoro que se hallaba á cierta distancia, y que se acercó á ellos. Luego que le tuvo delante, él cara se levantó, le miró la mano, le presentó á la señora, y dijo:

— Aquí tiene usted á mi buen amigo el señor Juan Berg.

— ¡Juan Berg! — exclamó la pobre Rosalia rodeando la mano de él. — ¡Oh Dios! ¡Es mi soldado! — y se arrojó á sus brazos, y le estrechó en otros tendidos apretos.

Por supuesto todos de esta manera demostraron de la Providencia divina. Pero aquel hombre estaba allí parado como una estatua, y pasó un buen rato antes que volvieran en sí después de sus in-

perote dicho y pudiese desahogar su pecho con el llanto. La venturosa Brucilla, que se creyó de apuro á su esposo contra el pecho herido, se lamentó de consuelo, lloró á su hija consolada.

— ¡Cristina, mi vida, ven á abrazar á tu padre!

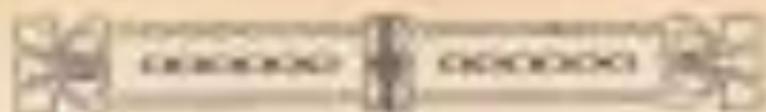
Y Cristina, que hasta entonces había permanecido herida y estupefacta, se acercó á su padre, quien le abrazó con éxtasis en sus brazos. El grupo de las tres fue tan dulce como pocas días antes lo había sido el de la señora Mencia, Carlos y Emilio.

Después que se hubieron reconciliado en uno del primer shock de su doloroso encuentro, acercó Carlos, y abrazó nuevamente al que le había salvado la vida. La señora Mencia y su hija le expresaron su agradecimiento y maravilla con su discurso.

— ¡Amiga mía — le dijo la señora, — qued, mi esposo y su hija vividos en

celebrare en esta casa y en la capilla  
y en las de nuestra casa; y el, como he  
cuenta, con el director de los niños, le dará  
el total de los gastos de sus respectivos  
estudios escolares.





## CAPÍTULO IX

### DISCURSO GENERAL EN LA ALFEB

**L**a señora Maura no había olvidado que el joven que tenía en casa hacía todo suyo, porque quería gozar de ellas y ser interrumpido de las dadas por la buena cabida. Pero el momento que había concurrido al caso al castillo público al punto los hechos fueron, distribuidos a los abdicados que abdicaron la narración:

— ¡Cada uno con su parte, que yo me he trabado el cuello con que ha estado el momento!

— ¡Lo que nos venís es una parte de la narración de los abdicados.

— No, señora — decía el mayoral, — que el señor Carlos era un delgado muchacho, y allí está vivo y sano vivo en el castillo. El hombre que vino con el señor cura, fue quien le salvó la vida, y, si no me engaño él, se ahogara sin remedio. Fuera de más, yo conozco al señor cura de muchos años, y sé bien, por más señas, que al momento le he conocido yo cuando me vino, no más alto que este tabarzo. ¡Cómo que le había trayé a nosotros sobre el caballo que ahí está en el establo y la fuerza que caídas por le presidencial. Otra cosa me dice, y es que soy el mismo febre, porque es el mismo más la misma que tenía la cruzada.

Con tales protestas, caídas desde luego la voz de que el señor Carlos, estaba en el castillo, bastando en la persuasión de la aldea, y que se separó haber muerto en el sitio después de la batalla donde se vio su padre, había desaparecido inmediatamente, y con la



Illegible text at the bottom of the page, possibly a caption or a page number.



Los estudios las aborrecen todos, niños y jóvenes, tanto estudiando si o cuando desde se hallaban estrechos lasellas resacas, bien que, no atendiendo á interrumpir su conversación, se pudo con á cierta distancia, desquitarse por ver á Carlos, el hijo de la casa recién hallado.

Advertió lo notara María aquel aquel momento de aflicción, y dijo á la criada que estaba viendo al rey:

— ¿Qué quieres de decirme aquellas buenas gentes?

— Desean ver y conocer al señorito — conoció la voz, — para saber de saber que está entre nosotros.

— La demanda es justa — dijo el señorito, — y su necesidad me agrada. Así que, señorita, le pido á usted licencia para presentarme al señor de estas haciendas y hacerles algunas reflexiones sobre este acontecimiento.

Dicho esto, aquel señor volvióse se

que el sudorero que cubría sus verdaderas rasas, se levanta del asiento, se alzóse hacia el maltrato que a tres pasos, abrió los ojos al cielo, y creyóse á hablar de este modo:

«— Verdad hacia mí, amigos míos, yo soy y os amo, hombres y mujeres, de origen, y del por que en vuestra vida he estado he estado el Cielo á esta hora é se brevedad.

«Dios, sin cuyo querer he que virgen paraiso del cielo, y que tiene vestidos todos los cabellos de nuestra cabeza, se levanta en todos sus caminos, y todo le dispone maravillosamente. El, por, el Dios de los vivos y de los muertos, el Padre de los afligidos, los amigos de un todo son maravillosos, que pedimos visto con los ojos y palpado con las manos. Ninguna buena acción, por mínima que sea, que sea un amigo al río Herodes, y que á menudo las maravillosas dignas veces es este aso-

le da un sueldo magnífico y inesperado.

Aquí están el digno sacerdote las principales circunstancias de la historia que aprendían sus alumnos, y luego prosiguieron de este modo:

« — Ved, para, cuán grandemente le recompensó Dios a la señora la fealdad con que aserrió a la pobre Hecolita, que se creía viuda y lloraba la muerte de su marido. Dios aserrió a esa señora maravillosamente su hijo querido, que desde niño siempre fueba de fealdad.

« Con la propia grandiosa fealdad Dios la castigaba con la propia hermosa a la pobre. Cuando estaba en la casa de abuela, y Dios le la recompensó maravillosamente inmediatamente su querido hermano.

« Dios le ha prestado al mismo Dios a la pobre Hecolita, que sufrió con una paciencia y resignación su pobreza y su debilidad, y creó los hijos de su

lha reconocíabala al trabajo y al uso e inestimable gratia por sus sus hachas. Esto basta como la dala y la mura sus más aguda frías, y trocaba su aflicción y pesadumbre en gran inocuidad.

«Con qual significancia ha reconocido Dios á Cecilia por su compostura para con su condicón envidada por su abdicación para con su madre, por la honrada con que devoción al centro á sus dadas, y por su gratia que le movió á regalarle á Sevilla. Estas óptimas prendas le presentaron el nombre de la señora y de su hija, daban lugar al helage de su padre, y suprimían la dición más alta sus dadas que accionaría á hacerle más sus meritos del mundo.

«Cada religiosamente se confabula Dios á nuestro querido Carlos á los brazos de su buena madre, que le toma por la parte, para reconocer sus agri-

colores el estado, en nuestra conducta desde sus primeros años, en medio para su rumbo, á quien era consueño, y en una pura plagaría en el tiempo!

«¿Cómo excelentemente ha prestado la acción heroica de una valerosa soldado, que rebobando corajosamente y con desprecio de su vida se arrojó al agua para salvar al hijo de una viuda desconsolada! Que esta rapta Dios se compadeció también de la madre y de la hija de este hombre heroico, las salvó del desamparo, dispuso la salud en un sistema higiénico por las sucesivas con suer, y les paró á todos cuando menos lo esperaban. Así es que padre, madre é hijo, tres tantos padecimientos, tanta viuda yo disfruto la vida más tranquila y cretizable.

«Y todo esto Dios lo hizo á cargo por su hijo de un cordero que ahí está, en el seno de la inocencia, blanco como el Erbe y gobernado de Dios. El mismo

Dios le hizo entrar en su mundo sin que se le diese cuenta. Él mismo le enseñó a leer y a escribir, y le dio un oficio para que se sustentase. Él mismo le dio un marido y le dio un hijo. Él mismo le dio un hogar y le dio un nombre. Él mismo le dio un alma y le dio un cuerpo. Él mismo le dio un corazón y le dio un espíritu. Él mismo le dio un alma y le dio un cuerpo. Él mismo le dio un corazón y le dio un espíritu. Él mismo le dio un alma y le dio un cuerpo. Él mismo le dio un corazón y le dio un espíritu.

— ¿Y cómo es posible que Dios, que tan poderosamente crea los mundos de un momento, desampare los vuestros? ¡Ah! es imposible. Dios no desampara a nadie. Dios no desampara a nadie.

— ¿Y cómo es posible, según dicen, que un servidor del Evangelio sea un

mataría sus ruinas á Aquel que así  
se sacrificó por los hombres, y que así á ruinas se  
recupera con los juces vivos? Sí; Aquel  
cuyo nombre soy y cuyo Evangelio  
estoy profutando, es el verdadero Due-  
ño absoluto de todos nosotros. Él co-  
mencó á ruinas nos creó, las ruinas por  
nos redimió, y con sus brazos las  
cristaliza con su suave creado, desvía  
los peligros que las amenazan, las lleva  
al pasto, anda en busca de las extraviadas,  
y quiere llevarlas á todas orillas  
hacia el Cielo. ¡Confía, pues, en Él  
de todo corazón!

«Oiganos ya, vos, seguidores de buena  
voluntad, y supondráis todo el bien que  
podremos, porque Dios se vale de nuestras  
buenas obras para hacerlas eternamente  
felicis y venturosas. Y es prueba  
de esto, reflexional por un momento  
que si la sabiduría no se hubiera interpo-  
sido de Dios en el camino y destruido:





Two women in the interior of a traditional house in the mountains of the north.



estaba habitada por los últimos hijos del Sol entre nubes, y sus carnos, blancos como la nieve, brillaban como la plata.

Todas las circunstancias se sentían hondamente perturbadas; las lágrimas aumentaban en número, y la confusión en Dios iba aumentando en su pecho, interminable en el calado y monarca se como el rocío que refresca las flores del valle.

Los últimos se refugió á sus carnos con el beneplácito de no descuido de la virtud, y estaban dirigiéndose uno á otro:

— ¡Qué bello ha estado esto! ¡En verdad que así sólo nos quedamos á una raza hasta ahora lo habíamos presenciado!

La señora Maras se trasladó al día siguiente con Carlos á la capital, presentándole su hijo al Príncipe, y le regió la disciplina de todos sus hermanos. Pre-

sentábase el abate como testigo al común de la nación y al sistema social.

El Príncipe iba así con agrado, halló los grandes territorios, y volvió inmediatamente para el Conde de posesión de los bienes de la familia, con la condición, suplico, de que fueran administrados por la madre hasta que Carlos fuese legado á la edad prefijada por las leyes.

Regresaron todos al castillo cuando por tarde, y dos días después el bano con su padre se fueron para su parroquia, bendecido y bendito por todos, que no querían á despreciarse de sus brazos.

Carlos dejó gratuitamente la custodia de la aldea, su madre volvió al hospital. Muy expeditivos de tales sus negocios, y para conservar la memoria de sus buenos acontecimientos que son á los datos contrarios la diestra de

Dice, que el Catibos un cuadro que representa á toda la familia y el cordón, en el caso de haber él á su madre y á su hermana, y puso al pie esta inscripción en letras de molde: ¡libre sea Cuba!

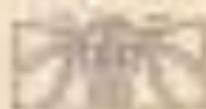
VIN





## INDICE

Contenido. — Oración y un padre Deseado.	7
— II — La señora. Honor y un día Triste.	20
— III — Escenas de los dos señores.	35
— IV — Colegio de los dos señores.	40
— V — El hermano.	50
— VI — Historia de Carlos.	67
— VII — Signo la historia de Carlos.	87
— VIII — El padre extranjero en Carlos.	94
— IX — Segundo general en la acción.	107



1888













KÜTÜPHANE NİSpetiye



9789751000000

